

Un niño

GUAU

JUDITH LÓPEZ ESTRADA

Cuando sonaba el teléfono de mi oficina, yo quedaba atenta al reloj y tan pronto marcaba las 12 del día, salía corriendo. Era miércoles y la llamada era de mi colega fiel para invitarme al almuerzo en el Club In.

Nos instalábamos en la mesa cinco; yo pedía un Tom Collins y una entrada de palmitos, lo consideraba elegante. Para pasar desapercibida llevaba una pinta informal planeada desde el domingo.

Brindábamos antes de iniciar el análisis del obituario local, que implicaba desenmarañar el árbol genealógico de los difuntos y sus amistades, e imaginar el testamento y los asistentes al funeral. Dos amigos de la mesa tres que aportaban datos desde la distancia, terminaron haciendo parte de la cinco que evolucionó a tertulia semanal y derivó en mesa de Cacho.

Para gozar el juego tranquila, después de un postre bajo en calorías, volvía a la oficina, avanzaba en el proyecto de inventarios, ordenaba sus datos de prueba y cuando calculaba que mi ausencia pasaría desapercibida, regresaba al club. Allí encontraba al grupo de la mesa cinco despreocupado de horarios porque ellos eran sus propios jefes. Jugaban encorbatados, con los sacos en el perchero y con sus caras de chicos bien.

Una tarde de esas, al colgar el bolso, encontré además de las tres chaquetas Armani, otra de paño gallineto con

refuerzos de gamuza en los codos algo gastados. Al acercarme, el nuevo jugador se levantó con galantería para presentarse, me hizo espacio a su lado y sonrió con ojos de perro siberiano. Se llamaba Jorge Johnson, no parecía enterarse de su aspecto Roger Moore y contrariando su apellido usaba poco champú. Esa pinta inglesa algo descuidada y sus ojos oblicuos tenían todo que ver con mis ideales.

Ordenaron para mí una ginebra y un cubilete de cuero con cinco dados. Querían incorporarme a la siguiente mano de Cacho, Dudo o como la llamaran.

Que Jorge era aristocrático saltaba a la vista y que vivía de la renta lo deduje de la agenda semanal: el jueves jugarían golf, el viernes almorzarían y pasarían la tarde donde Toti Uribe y el sábado irían de cabalgata.

¡Qué vida! Pensé; impresionante para una proletaria como yo.

Proletaria no quiere decir que compre mi ropa en la cooperativa obrera o que en el baño de mi casa use “Crónica Sindical” en lugar de papel “Suave doble Hoja”, solo significa que he vivido del trabajo y no del capital. De otro lado y como se sabe, ser rentista implica asistir a banquetes, juegos y espectáculos todo el mes y, el 30, revisar los extractos de la liquidación de dividendos, para fondear las cuentas.

En el caso Johnson hablaron de su tradición minera desde la época del bisabuelo.

—Empieza Goyi —dijeron en coro.

—Gracias —aterricé de barriga y agité los dados.

—Treses de cincuenta, cincuenta pa'l que los eche y cincuenta pa'l que gane. —repitió Jorge con ánimo de lucirse.

Y se lució.

—¿Qué qué? □Miré con cara de pregunta.

Dizque era una ronda de tradición familiar cuando le daban a los dados.

El padre de Jorge era ingeniero geólogo egresado del MIT y la madre, la joven más linda de la ciudad, de esa ciudad accesible para él: la que se recorre sin riesgos de muerte, lesiones personales, atracos o contagios venéreos. En su hogar habían nacido ya dos niños cuando la reina decidió embarazarse de nuevo en búsqueda de una niña preciosa como ella. Tantos repetían solo lo malo que ella resolvió repetir lo bueno. En su momento, llegó el bebé, resultó bello como la madre y con la distinción y clase de su padre. Mejor dicho, un niño ¡guau!, pero niño. Lo llamaron Jorge. Las felicitaciones de amigos y familia tuvieron un dejo de sentido pésame.

Y a algún lugar recóndito del cuerpecito del bebé fue a parar la información que entró por sus oídos.

Entre uno y otro lance de dados intercalaron solicitudes de servicio al bar. Jorge me indagó por las direcciones de residencia y oficina, por el cargo desempeñado, el nombre de la empresa, personas a cargo,

Jorge siguió rematando farras en mi casa dos o tres veces por semana. Le gustaron el bar, el sofá y seguramente los demás servicios.

y posando de chistoso, intentó calcular mis ingresos y obligaciones mensuales. Y a mí, este interrogatorio, en vez de evocarme los formatos para solicitud de préstamos bancarios o para seguro de vehículo, como hubiera sido lo obvio, me emocionó por su interés en mi “*modus vivendi*”. En respuesta, me mostré interesada en su “*modus operandi*”. Enterada de que el sábado siguiente irían de cabalgata, al despedirme le susurré:

—El sábado te invito a la última ginebra, tengo surtido el bar.

Y allá llegó de botas inglesas y sombrero aguadeño después de haber agotado la provisión de ron que cargaba en las alforjas de La Presidenta. Mantenía su yegua en la pesebrera de uno de los compañeros de cabalgata.

Mientras yo servía los tragos, Jorge se descalzó. Al quitarse los calcetines, observé las uñas sobresalientes de los dedos como un centímetro, que acumulaban debajo lanas, hilos y materia orgánica en descomposición. Del efluvio que expelían, él ni se enteraba, quizá porque su nariz de Roger Moore le quedaba a un metro con 85 centímetros. Lo que sí parecía fenómeno reciente eran los dos dedos centrales del pie izquierdo gordos y amoratados.

—¿Qué te pasó? Vamos a que te revisen ese pie —le propuse.

—¿A qué voy a ir a una clínica ahora? Bebamos aquí tranquilos.

Y tomamos unos encima de otros, oyendo a Vicente Fernández, convencidos de que le hacíamos la segunda en los estribillos.

Que yo soy muy pesimista, me aseguró mirándose el pie.

—Volvamos a oír “Mujeres Divinas”.

Se durmió en el sofá hasta el amanecer cuando lo despertó el dolor de la fractura. La Presidenta, regalo del presidente del Consorcio Minero, había pisado a Jorge mientras intentaba desensillarla. ¿Y quién lo llevó a la Clínica de fracturas? Pues yo, que pedí permiso a la oficina para llegar tarde.

Jorge siguió rematando farras en mi casa dos o tres veces por semana. Le gustaron el bar, el sofá y seguramente los demás servicios. Al mes siguiente, llegó con una pijama y dos atuendos empacados en una mochila marcada con promoción de Ron Medellín, que se llevó vacía para volver a surtirla el mes siguiente y dejarla con el ya tradicional cepillo de dientes.

Lo pasábamos de lo lindo, me bastaban dos o tres neuronas mientras el resto de la masa encefálica se tomaba un merecido descanso. La fiesta empezaba con el aperitivo para el almuerzo, casi siempre ginebra bien servida. Era todo un barman.

A los tres meses ya había trasladado todo el clóset y solo iba los lunes a visitar a sus padres. En una ocasión los conocí a ellos y su residencia,

me parecieron finos y desgastados, tal como la chaqueta gallineta de su hijo. Además las sandalias que usaba la mamá me permitieron evidenciar que hacerse el *pedicure* no era un valor familiar.

Dos años después, cuando dejó de mencionar a La Presidenta y montaba ya en bestia prestada, supe que había tenido que devolverla con otros semovientes para cancelar el saldo pendiente con el Consorcio, al que le habían pagado casi todo con la finca Flandes, antigua propiedad familiar. Y entendí que de allá surgía la afición por cabalgar y su conocimiento del ganado. Dizque elegía las reses, cuando se trataba de surtir en Flandes.

—Yo entregué La Presidenta y mi papá tramitó la cesión de la hacienda —afirmó con la misma expresión con la que en las noches escuchábamos su himno cantado por Vicente Fernández:

*Hoy vivo millonario
Mañana mendigo
Mis penas y dolores
A nadie se los digo
Por eso nadie sabe
Cuando estoy contento
Cuando estoy herido.*

Y repitió sin mover un músculo, que estaban vendiendo una de las minas, y así quedarían todos de nuevo con plena liquidez.

—Por eso nosotros no trabajamos para nadie —y se tomaba otro trago.

—No trabajan para nadie. ¿Ni siquiera para ustedes? —y lo acompañé con otro.

Cuando lo conocí en el club, había pensado que siendo mineros habían hecho su fortuna apoyados en el azar, pero unos años después concluí que así habían perdido el patrimonio, ilusionados con el azar. Claro que la habilidad para los negocios hubiera ayudado a salvarlos, y de eso nada. O en último término, el ánimo para el trabajo, y de eso, menos.

Que dizque seguían viviendo de la renta, me aseguró tan campante. Tuve una ligera sospecha de que mi sueldo era su renta, una mañana que entró en la bañera y al aporrearse el bajo vientre, exclamó:

—¡Uy! Casi pierdo el último lingote.

—Hmmm.

Los Johnson llevaban casi un año vendiendo una de las minas y aún no se concretaba el negocio. Vender un yacimiento no es como vender huevos, había que tener paciencia, me dije.

Que con ese dinero mandarí a remontar las botas y a reemplazarle los refuerzos de gamuza a las mangas de la chaqueta, que todavía aguantaban. Aunque también disponía de camisas rayadas, azules y hasta una rosa de popelina Oxford que yo le había comprado para mi

complacencia visual; lo mismo que el blazer azul marino que pagué en cuatro cuotas. Le quedaba tan elegante y lo lucía con tanta naturalidad, nunca parecía emperifollado. Hasta yo me sentía distinguida con ese parejo. Yo, con mi masa corporal tan mal repartida y un rostro circular como dibujado con compás.

En cambio, él tan elegante con su gusto por la ginebra Gordon's, el vodka Smirnoff, las chaquetas inglesas. Tan divertido en las jugarretas de dado en el club. Pero ya no me estaba alcanzando el dinero mensual para darme este gusto.

—¡Cómo que no te alcanza la plata! Para ti pagar esto es como quitarle la capul a una calavera —me dijo con su voz un poco arrastrada.

Me reí con gana, aunque al final lloré.

Seguí meditándolo casi por un año. Por fin, le dije que debía marcharse porque no tengo plata para tenerlo más tiempo.

Que no tenía a dónde ir, me respondió, y entonces le propuse conseguir un lugar, que yo le pagaría tres meses mientras aclaraba su panorama.

Bajo estas condiciones encontró un cuarto con terraza a donde se trasladaría en dos semanas. Yo lo llevaría el domingo después del desayuno.

No le ayudé a empacar, pero sí le presté mi maleta; por deteriorada que estuviera, superaba su mochila de propaganda de Ron Medellín en la que fue trayendo aquí sus cosas, una o dos mudas cada fin de semana.

Puso la maleta en el piso y fue metiendo unas pocas camisas ya curtidas y otros trapos. Echaba uno, iba a la cocina, atendía el teléfono, echaba otro, tomaba de su jugo de naranja. Iría por la mitad de la empacada cuando empezó el partido y se sentó a verlo. Más bien a hacer de director técnico. Por suerte para el equipo, lo hacía desde su poltrona en Colombia, porque tan pronto ordenó la salida del puntero derecho, éste abrió el marcador. Pero yo me divertía más cuando veíamos películas de vaqueros. Recuerdo uno de esos *western* con el héroe oculto en unas montañas rocosas y al momento en que asoma la cabeza para otear el cerro del frente, suenan tres disparos y un grito “¡Somos amigos!” al que el héroe responde: “¿Entonces por qué me dispararon?”.

Jorge había tomado unos segundos para reflexionar y correr hasta el televisor gritando:

“Sí, sí. ¿Por qué le dispararon? ¡Muy charros!”.

En el intermedio del partido regresó a la cocina por el jugo, le rendía el desayuno. De paso tropezó con la mesa de juego, decidió llevársela porque también le serviría para armar los rompecabezas. Al plegarla para ubicarla cerca al portón, las patas produjeron un sonido herrumbroso. Antes del reinicio del partido, empacó los cubiletes de cuero y los dados de marfil para jugar Dudo o Cacho, esparcimiento clásico que le permitía lucirse aunque ya hubiera liquidado casi una botella de ron. Algo tan

importante para él, que jamás olvidaba recoger los implementos al final de la sesión, aunque de regreso a casa se durmiera en el taxi y recibiera intercalados en el vuelto, algunos billetes de monopolio.

Sí, el cerebro se reseca mientras el hígado naufraga en alcohol.

Aquí estaba el niño ¡guau! a sus treinta y seis años de edad, metiendo en la maleta sus botas inglesas, mientras el partido estaba suspendido porque sacaban en camilla al defensa central del equipo contrario.

Cuando vi las botas en el equipaje con el cuero ya por rajarse, volví a cronometrar: sí, seis años y siete meses. El incidente ortopédico había sucedido en el primer fin de semana que pasamos juntos.

—¿Te vas a llevar esos vejestorios? —dije en tono de sorpresa, aunque ya no debería importarme nada.

Al momento de empacarlas esta mañana, aparentaba ignorar su estado, aferrado a la idea de lo finas que eran y llenándose de argumentos ante la imposibilidad presupuestal de cambiarlas.

El pitazo final del partido marcó el momento de cerrar la maleta, pero el hombre amagó con regresar a la cocina y yo logré llegar antes para botar el resto del jugo de naranja a ver si así concluíamos. El jugo de su gusto era costoso para mí, entonces bebí el resto en vez de tirarlo: se trataba de un coctel ¡con vodka! Bebida espirituosa que me dio valor para arrancar por el atajo y no por los meandros del camino que Jorge había elegido para alcanzar a terminar la botella de Smirnoff. Para abreviar, decidí acomodársela en la maleta.

—Porque a mí ya qué me importa regalarte una más, con tal de que te largues de una vez.

Grité para darme valor en medio de la derrota. Saqué arrastrada la maleta, empujé la mesa de juego y logré estrujar esos bártulos en el carro, junto con el aristócrata que ahora vería con quién se rebuscaría su renta. ■

JUDITH LÓPEZ ESTRADA (COLOMBIA)

Nació en Neiva (Huila). Ha sido merecedora de varias distinciones en concursos literarios, como el segundo puesto en el IV Concurso Nacional de Cuento Jorge Zalamea, en 1988 con su obra "Mamalena". En 2002 publicó el libro *Cuentos Fáciles de Fémimas Difíciles*.

